

Voluntariado internacional: una experiencia de cuerpo a cuerpo

Carmen Baigorri e Ignacio Aranzadi

Salir de uno mismo hacia el encuentro con los otros. Descubrir que están más próximos de lo que puede parecer. Vivir una doble experiencia de transformación, que cambia la visión de la vida y mueve personas para tejer un mundo para todas y todos. Tres pinceladas que describen la esencia del voluntariado internacional, que no es sino una vivencia integral de transformación.

En un mundo construido sobre desigualdad, violencia e injusticia, quien se embarca en el voluntariado internacional encuentra que este planeta también se cimienta en la alegría, aunque ésta no se expresa con la misma intensidad para todas las personas.

La responsabilidad de transformar las estructuras de poder para hacer de nuestro mundo un mundo bueno para todos los seres humanos es lo que promueve esta salida hacia los demás. Creer que no es una utopía que las cosas pueden cambiar es el motor de las personas voluntarias. Asumir esa tarea como propia es el punto común de partida, aunque cada persona voluntaria imprime su esencia, despliega sus capacidades, exprime sus conocimientos y cosecha sus ganas.

Insertarse en una cultura diferente a la propia supone un gran reto que regala descubrimientos inesperados. El desconocimiento, la sorpresa y la incertidumbre ante una cultura, así como una manera de actuar y pensar distinta, rompen nuestros esquemas más interiorizados sobre la concepción de la vida. Nos descolocan, nos cuestionan y nos invitan a vivir desde otras perspectivas. El voluntario se descubre disfrutando de otras maneras de actuar, se atreve a pensar desde otras miradas e incluso permite que esa nueva cultura reformule sus valores.

Los encuentros de tú a tú, de corazón a corazón, y los testimonios de vida, lucha, esfuerzo y sueños por cumplir exponen a la persona voluntaria a un cuerpo a cuerpo. El voluntario, vulnerable a todo lo que muestra la realidad, vive, al mismo tiempo, el conocimiento y la transformación de sí mismo. Se deja tocar e interpelar por una realidad que le llama al cambio, a actuar y a ser para otro testimonio sensibilizador.

Sin embargo, entender esta experiencia como una vivencia exclusivamente personal, en la que el individuo se mueve por sus propios deseos e intereses, sería no solo quedarse a medias, sino confundir radicalmente el fundamento de su sentido, ya que el centro es la sociedad. Frente al individualismo predominante, el voluntariado prioriza a la colectividad y quiere llegar más allá; son las personas empobrecidas, tradicionalmente las últimas, a las que el voluntario se acerca para dejarse acoger por ellas y, desde ahí, convertirse en agente de cambio social.

La dimensión internacional aporta otro elemento aparentemente poco relevante en sus inicios, pero que cobra importancia con el paso del tiempo: la política. La vida en un país ajeno revela de un modo privilegiado cómo los distintos pueblos van construyendo su identidad y la forma en que se organizan. Los deberes y derechos y las vías de participación ciudadana se conciben de diferentes maneras. En el día a día se va entendiendo poco a poco el porqué de esas diferencias y, al hacer crítica y autocrítica, se descubre que ni lo propio ni lo ajeno es tan bueno, malo o sencillo como a veces queremos pintarlo.

Además, no puede obviarse que el voluntario internacional, durante su periodo de estancia, es un extranjero y, como tal, sufre una gran cantidad de dificultades que lo someten a un particular riesgo de exclusión social y problemas legales. Asimismo, al volver al país de origen, toma conciencia de que esas dificultades son para el migrante desde un país del Sur incomparablemente superiores a las del migrante del Norte. Asimismo, se produce algo paradójico porque al regresar el voluntario se siente un poco extranjero en su propio país y generalmente necesita un periodo de readaptación en el que la conciencia política se recompone y refuerza.

Cuando el voluntario llega a otro país su disposición y sus emociones están a flor de piel. Así, como una esponja, se deja empapar por todo lo que le rodea. Vivir en otra sociedad es también entrar en contacto con nuevas formas de ver la realidad en el plano existencial. Ésta se torna una experiencia espiritual cuando se trasciende de uno mismo y lleva a una transformación no tanto de su modo de hacer como de ser.

El voluntariado es mucho más que una aventura con fecha de caducidad; rediseña el proyecto de vida de la persona y, con el paso del tiempo, continúa moldeándole hasta en los pequeños detalles apenas perceptibles. De esta forma, influye en sus gustos e intereses, en lo que hace y lo que deja de hacer, en su modo de ser y de estar en el mundo. Cambia su sensibilidad y su mirada.

Una vez finalizada, la vivencia sigue activa, recordándole que todas las actitudes tienen una repercusión. Al marcharse, siente morir de una vida que le hizo profundamente feliz. Al regresar, la persona voluntaria se lanza a una nueva vida agradecida, comprometida y renovada, convencida de trabajar por la justicia.